

CRAWL

Héctor Viel Temperley

Pondré su mano sobre el mar

Salmo 89,26

J'attends les cosaques et le Saint-Espirit

Léon Bloy

EL ESPIGÓN MÁS LARGO, EL AVISO Y EL CRAWL

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis,
aunque comulgué como un ahogado,

mientras en una celda
de mi memoria arrecia
la lluvia del sudeste,

igual que siempre

embiste al sesgo a un espigón muy largo,

y barre el largo aviso
de vermut que lo escuda

con su llamado azul,
casi gris en el límite,

para escurrirse por la tez del mundo
hacia los ojos de los nadadores:

dos o tres guardavidas,
dos adolescentes

y un vago de la arena que cortaron
con una diagonal

el mar desde su playa.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
junto al hombro del kavanagh y de cara

a la escuela de náutica
y al plátano,

hacedores de fuego que me impiden
flotar con éste entre esos pocos hombres

que allá—solos y lejos con la punta
del espigón desierto—,

mecidos como sábanas

y cobijando, ingrátidos,
la vida en ese extremo

de monedero roto,
de chubasco enfrentado,

desasidos de todo
piensan en el regreso:

descansan; se dan vuelta—en silencio—, y se tienden

otra vez boca abajo,

con un brazo apagando los graznidos
de las gaviotas

y las alas.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
contemplando unas sábanas
que sólo de mí penden

sin querer olvidar que en esta balsa,
de tiempo que detengo y de escafandra

con pasos de mujer,
nunca fui absuelto

en el adolescente y en el viento

ni en la cuerda de crawl, que de los hierros
cavernosos comienza
a separarse;

ni siquiera en las manos deslizándose
ni en el agua —que corre entre los dedos—

ni en los dedos, ligándose despacio

para remar con aprensión
de nuevo

allí donde no hay mesa para apoyar los brazos

y esperar que alguien venga
desde su pueblo a visitarnos;

nadie fuma ni duerme, y —en días
de gran calma—

sobre el plato de un hombro

puede viajar un vaso.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
y no me está mareando un sexo, una fisura,

sino una zona:

el patio de esa escuela
de náutica sin velas —¡cuerpo solo!—

donde unos niños ciegos,
envueltos en miocardio,

con tambores y flautas
reciben a las costas;

la carne comentando,
ya hasta en la espalda,
el frío

—que asciende repentino donde parte el océano

y las yemas, heladas,
en su Pudor se pierden—;

y el miedo que, en el vientre, de su piel hace párpado

—entre el ojo que tiembla
y el ojo del abismo—,

y es cordel, por el pecho, de la voz que naufraga

en el aire que hierve, despedido
como sangre,

en los pómulos tronantes.

Peces de cima,
cajas bamboleadas.

e insolado hablo al yo que está en su orilla,

ansío su aventura
en otro hombre,

y a la hora en que no sé si tuve esclava,
si busco a dios,
si quiero ser o serme,

si fui vendido a tierra o si amo poco,

sé que Él quiere venir pero no puede
cruzar—si no lo robo como a un banco
pesado de galeote—
esa balanza

que es tanta hacia ambos lados
atrancando mis puertas:

la abierta, marginal, no interrumpida
matriz sin cabecera
donde gateó la vida,

donde algunos gatean

y su alma sólo traga lo mismo que el mar traga:

aletas, playas solas e iguales, hombres débiles

y una pared espesa
de cetáceos y de fábrica.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
—De los labios colgado, o de la hostia—,

hospital retraído respirando;

Y, sangre en celosía, en ella dejo
 pulsos, piel, carcajadas de cosacos
Que de mohamed no aceptan ser vasallos,

hasta besarme el Rostro en Jesucristo

Detrás de los cabellos del vago de la arena,
 donde los confesores no caminan,

En mi conciencia, que tragué —sacrílego—

 con Él, que ve el limón,
 la cal, el sexo

—La puerta azul de gasa tijereteada, huraña,
 de la casi casilla
 que la belleza puso

En las costas del yo, que en sus muros enyesa

las huellas de gaviotas
de unas cuantas palmeras—

Y el ropero en la torre, el revoltijo de disfraces
ácidos contra el pubis,
no en las perchas,

que fue el amor tardío,

de un cajón de la tierra

Ya en Él, que hace mi ahora entre costillas
—como vendas de espacios sin memoria—

Dentro del caracol que usé de pecho
al lado de un diluvio,
en una mesa

De plana luz de Cuerpo descendido
y pétalos volando como llagas,

O en esa estrecha pieza, con un sapo,

donde brama el motor
y no entra el viento

Y a ojos bajos, garganta con naranjas,

treguas de voz,

se acercan los caballos.

Ese olor a infinito enverjado, pujante
junto al Crucificado
que ocupaba,

incorrupto,

La mitad de la balsa, del cerebro,
de las islas del techo
y del desagüe

—Que se arrastraba angosto, a cielo abierto,
igual que un regimiento entre violetas,

Con hilos de agua vieja, grandes hojas
de palmeras, tapitas de cervezas,
campanillas silvestres, mucho tiempo
sin Teresa, que amé a los doce años—,

y la mitad

del mar:
por
donde,

me decía,

Dentro de poco el sol sería un gallo
en un carro blindado,
y la cabeza

sobre plata
—enseguida—

del Bautista.

LA CASILLA DE LOS BAÑEROS, EL PISO Y EL HOMENAJE

*A Ernesto del Castillo
que me prestó un salvavidas.*

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis, hermanos
en reflejados días que tenían dos mares.

Sacristía con trigo de desnudos oyendo
un altar de colmenas. Única sombra.
Tablas.

Piso para las víctimas más grises del planeta.

Capilla sin exvotos:
Solo mandíbulas de escualos

Y espejito con olas que nos ve entrar cansados:

En la gavia del tórax, como alas entre cantos
rodados—recogidos
de bruces—
los pulmones;

Y, en las ceñidas lonas, ladridos empujando

a mástiles de hueso
que no fueron quebrados.

Y yo—que pude en sueños o en misión escalarme

por serpientes de nieve
que iluminan

escondrijos de mapas
y capotes

Bautizando en las noches de las cumbres a un lago—;

y yo —que no quisiera
que esa tropa oscilara

demasiado o se hundiera
en el umbral del cielo—,

Aquí donde la novia de un buen mozo del muelle

se entregó por dinero
a las visitas

(Después de hablar los dos afuera, contra el viento,

una hora o dos horas
caminando, abrazándose)

Y a las siestas, de pie, los guardavidas

abatían la sal de sus cabezas
con una damajuana muy pesada,

De agua dulce y de vidrio verde, grueso,

que entre todos
cuidaban,

me adormezco:

Lágrima en la botella el mar se seca

Y hasta que la pequeña estufa es desatada

—y dejan de brillar
los pies oscuros—

Remolco sobre el hielo a una muchacha

(O en el piso, de nuevo,
veo sus pies,

de nuevo
no sé cómo

La estufa no los quema, ni sé como

no saben arder menos que ellos

la cintura

O la boca,

Entreabierta en las tinieblas;

Y como siempre llueve y los relámpagos,

en la ventana sucia,

son los de ella);

Y sé que lo que hicimos refulgía

y llamaba—ahora sé—
mientras lo hacíamos

Y yo no era su prójimo, ni mi yo era mi prójimo,

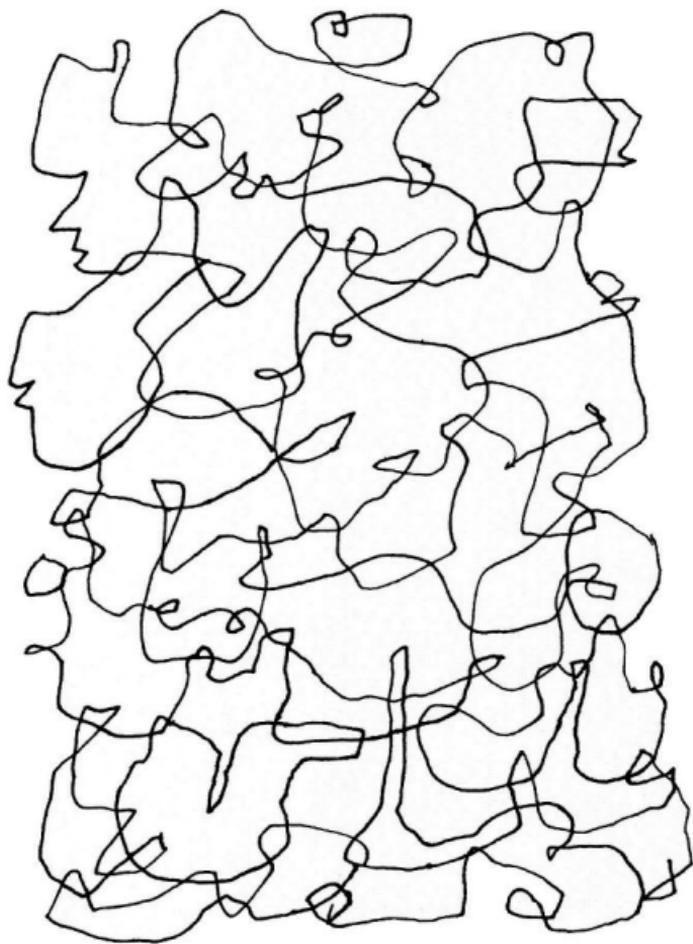
y su boca, gavilla

con hormigas
y tierra,

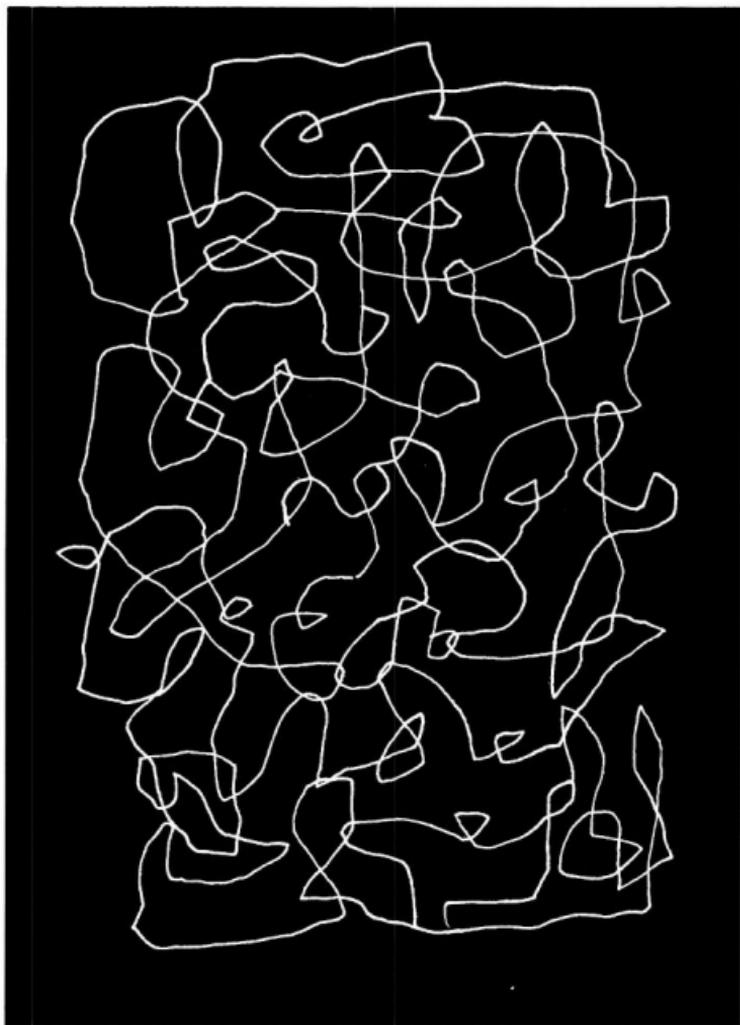
En confines de tinta

Me sacaba del odio.

Crawl fue compuesto, en alabanza a la presencia misericordiosa de Cristo Nuestro Señor, entre el 1ero. de febrero de 1980 y el 24 de junio (Natividad de San Juan Bautista) de 1982.



Redes para acercar el vacío, 4



Redes para acercar el vacío, 5